

QUIÉREME

Durante todo el tiempo invertido hasta llegar al lugar del hallazgo, ha mantenido un silencio acusador. Ha desactivado el móvil, no ha puesto la radio, y no ha tarareado ninguna canción, como suele hacer mientras se dirige al trabajo. Tan sólo ha pensado en los ojos de Belén, en cómo brillan de verde espeso cada vez que ella sonríe.

Sigue siendo noche cerrada. Desde lo alto de la loma en la que se encuentra, a la que ya acudió alguna que otra vez durante su desnuda adolescencia, la ciudad aparece envuelta en un neblinoso manto de luz. A su llegada le están esperando el coche de la funeraria y cuatro coches patrulla, uno de ellos, el de los otros dos detectives de la unidad, Machuca y Moreno. Dos agentes locales acordonan la zona mientras llegan la juez de guardia y el forense. Ni el desparpajo de la luz de las sirenas, ni las chácharas en voz alta de sus compañeros, consiguen que no piense en que a esta hora la vida normal todavía duerme. Menuda cara haces, le comenta el bueno de Machuca mientras sujeta con una sonrisa tonta el cigarro. Ni me hables, responde parco.

Sin acercarse del todo al cadáver, simulando echar un minucioso vistazo por las inmediaciones, sigue absorto en lo suyo. Belén y él, cada vez discuten menos. Sabe que ella ha dejado de quererla, y además nota que ha empezado a tenerle miedo; de ahí los silencios resignados. Él, que no sabe cuál de esas dos cosas lleva peor, si el desamor o la invisibilidad, se enfurece impotente y pierde sin remedio la paciencia. Como esta noche, cuando forzando una querencia imposible, le ha dado un guantazo y ha convertido el verde de sus ojos en un color indefinible y acuoso. La amo, la amo, la amo, se exorciza ahora en voz baja, mientras finge trabajar con ahínco.

Qué ha sido, pregunta con mal talante acercándose de nuevo al grupo. Un crimen pasional, sentencia Moreno. A la chica le han dado catorce puñaladas mal contadas. En un bolsillo de su pantalón, hemos encontrado una nota manuscrita firmada por un tal Sergio que decía, *Quiéreme más, Elisa*. A su novio ya lo están buscando. Al muy gilipollas no se le ha ocurrido otra cosa que firmar el estropicio.



RAÚL ARIZA, *Elefantiasis*, Editores Policarbonados, Madrid, 2010, pp. 65-67.

Ilustración: Carmen Puchol